

CAPÍTULO 6

EMIGRANTES

El diario de la provincia, *El Faro de occidente*, que había sido fundado allá en los albores del siglo xx, llegaba a Villamediana con una regularidad espasmódica, pero al menos servía, en la sección de ‘La región’, para informar a los vecinos de los acontecimientos más cercanos, así como de las necrológicas. La Asociación estaba suscrita, porque Doña Gertrudis opinaba que ellas debían estar bien informadas para tomar las decisiones adecuadas, aunque Trini, en general, consideraba que, siendo la mujer de un Guardia Civil, ya tenía en casa la fuente de información más fiable y más directa de todo aquello que mereciera algún interés. Sin embargo, como Doña Gertrudis tenía más edad y Adela tenía un motivo añadido para meterse con su cuñada, apoyó la propuesta de aquella para hacerse con una suscripción.

Aquella mañana, llegaron dos diarios. El titular a toda página de uno de aquellos ejemplares, relativo a una guerra en algún lugar de Asia, no estremeció a las lectoras que acudieron a la sede de la Asociación, pero sí les llamó la atención un reportaje, en el del día anterior, que hablaba del incremento de la inmigración. Allí decía que cada vez más extranjeros entraban al país por todos los medios, regulares e irregulares, para buscarse la vida y lograr una mejor situación económica. El firmante de la crónica consideraba que ello suponía un riesgo porque muchas de aquellas personas, que carecían de formación, aceptaban salarios de miseria y cualquier tipo de trabajo, restando oportunidades a los nacionales. La lectura solemne que Doña Gertrudis hizo del texto provocó una serie de comentarios y hasta una cierta tensión entre las socias. Tanto es así, que, por la tarde, en que tenían reunión general y curiosamente acudió la mayoría de las pertenecientes a la Asociación, se volvió sobre el tema de los inmigrantes dejando de lado el orden del día.

En un momento determinado, la cosa se empezó a plantear en los siguientes términos:

- Pues yo creo que nos hemos olvidado de cuando los nuestros iban a otros países. –Dijo imponiéndose, Doña Gertrudis- De acuerdo que iban con un contrato de trabajo y un alojamiento más o menos bueno y que no entraban en los países de cualquier manera. Ya sabemos que tampoco iban de vacaciones, pero cómo agradecían los detalles que tenían con ellos los vecinos que o bien les prestaban una maleta o les regalaban unos chorizos para el viaje. Unas amigas de mi hermana se fueron a "servir" a Francia, como se decía entonces. Cuando volvían de vacaciones, venían contando cantidad de cosas, pero no todas buenas. Las señoras exigían mucho en el trabajo y no todas tenían en cuenta las dificultades del idioma y lo que ellas habían dejado atrás; familia, costumbres, cosas de comer... En fin que añoraban mucho su tierra y a su gente. Yo entonces que era más joven y gracias a Dios no tenía problemas en casa de mis padres, siempre me preguntaba por qué se iban. No me daba cuenta de que aquí aquellas personas tenían tan malas condiciones como allí, pero sin las ventajas económicas.

Adela, la cuñada de Trini añadió:

- Mi vecina, doña Julia, que la pobrecita está hecha una cataplasma, ha tenido un montón de chicas españolas que ni le paraban ni le resolvían nada. Las hijas estaban desesperadas porque claro, un día podían faltar al trabajo, pero no con la frecuencia que lo hacían, así que no les quedaba otra que despedirlas y vuelta a buscar. Recurrieron a agencias, a la parroquia y a cuantos sitios se les ocurría y nada. Hasta que encontraron a Marda o como se llame, y divinamente. Quién lo iba a decir de ella que no entendía ni papa de español. Pero claro, vino con familia y tenía que abrirse camino ella y los suyos, así que su esfuerzo por entender y hacerse entender fue muy grande y por supuesto para agradar y hacer bien su trabajo. Además de ir siempre tan aseada y con la sonrisa en los labios, creo que lleva un control perfecto de los horarios, de las pastillas y de la alimentación de doña Julia. Las hijas están encantadas.

- Ya lo creo -dijo Trini-, gracias a los "gintonic", doña Julia no necesita ya la pastilla para dormir. Parece ser que después de cenar se sientan las dos a ver la tele con un "refresquito" cada una y duermen a pierna suelta.

-Pero siguen con ella, no la han despedido. Comentó una de las señoritas de Ruiz.

-No, no. Si ella no lo hacía a escondidas. Creía que unas gotas de ginebra le sentarían muy bien, hasta que se enteraron las hijas y le dijeron que su madre no podía tomar alcohol. Pero sigue con ella y están todas encantadas porque la atiende de maravilla.

-¿Y de dónde decís que es la señora? –preguntó Mercedes

- De Pakistán.

-¡Uh! ¡Qué lejos debe estar eso!

-Sí, eso está allá por la India, más o menos. Pero, ¿decís que las dos le daban a la ginebra? Me extraña, -reflexionó Adela que siempre estaba muy ‘enterada’ - En ese país ¿no son musulmanes?

- Y eso que tendrá que ver, dijo Trini brindando una ocasión de oro a su cuñada.

Pero la otra señorita de Ruiz, la menor, que casi no abría la boca en presencia de su hermana, y con gran sorpresa por parte de esta, exclamó:

-Hija, Trini, pues porque los musulmanes no beben alcohol ni comen cerdo.

-¡Anda, ¿esos tampoco? Yo creía que sólo los moros eran los que no comían cerdo ni bebían, porque hay un muchacho que es de por ahí de Marruecos, creo, que trabaja en el cuartel arreglando cosas y con el jardín, y cuando le invitan, siempre dice que no porque los españoles siempre comemos cerdo y él no puede, tampoco come más que de noche de vez en cuando y esos días anda con una cara de pena que hay que verlo.

-Trini, ¡por Dios! Que musulmanes son los que tienen esa religión y los hay en muchos países, en Marruecos, en Pakistán y en más sitios. Son como los cristianos, que están en muchos sitios y todos van a misa o celebran la semana santa.

- Que están en muchos sitios, es verdad. Pero eso de que son como los cristianos, eso ya... Protestó doña Gertrudis.

- Hombre., yo lo digo, porque son gente. Tienen su religión y sus costumbres, pero...

-Sí, eso, la interrumpió Mercedes. La gente es gente en todas partes, crean lo que crean, pero una madre es una madre aquí y en Lima. ¿No soy yo de otro pueblo y a mí no me gustan las migas como las hacen aquí, pero no dejaré yo de ser tan madre como cualquiera de las de aquí? Porque yo por mi hija, si hiciera falta, me iría al extranjero y a la China, si veo que tiene necesidad y aquí no le puedo dar lo que necesita.

Una prima de Lourdes, que venía de vez en cuando a Villamediana y estaba temporadas largas, con lo que estaba muy informada de los pormenores del pueblo, siempre que había reunión de la Asociación se juntaba a su prima y aunque no era socia allá se iba. La toleraban en atención a Lourdes, que era por un lado muy amiga de Blanca, que era una gran chica y, por otro, porque ella misma era una persona de muy buen carácter, muy servicial y aportaba muchas ideas para las actividades. Pero, la tal prima, Conchi, era un poquito vïbora y en aquel momento, no tuvo mejor idea que decir:

-No si tú también eres emigrante, porquen te viniste aquí de tu pueblo, para pescar al Juan y con eso sacarte las castañas del fuego.

Las señoritas de Ruiz, que tenían muchos defectos como todo el mundo, sin embargo, no eran amigas de este tipo de pullas y de impertinencias.

- Mira, Conchi, tú no eres de la Asociación. Si te permitimos venir a las reuniones, es porque tu prima es de aquí y muy buena gente –A todo esto un color se le venía y otro se le iba a la pobre Lourdes- . Tú tampoco eres de aquí y ni siquiera vives aquí. No trabajas aquí y nada le das a este pueblo. Mercedes, como otros emigrantes, ha venido aquí a trabajar, se ha casado con uno de aquí y es tan del pueblo como nosotras. Además Mercedes nos sacó de un apuro y gordo con lo del manto ¿Qué has hecho tú por la Asociación? Nada que nosotras sepamos.

Todo este parlamento lo soltaron quitándose la palabra la una a la otra las dos hermanas y completando las frases o repitiendo los finales de las palabras que cada una pronunciaba. Era una habilidad que tenían las señoritas de Ruiz difícilmente igualable. No en vano tenían los mismos genes, a pesar de las diferencias de carácter.

Hubo un tenso silencio por unos minutos y, al cabo de unos instantes, doña Gertrudis se lanzó a hablar casi sin pensar lo que decía. La tomó con lo de las madres que eso sí son iguales en todos lados. Que una mujer sea capaz de salir de una tierra que

está en el otro lado del mundo, sin saber el idioma ni nada de nada, sea capaz de llegar a este pueblo y cuidar de alguien a quien ni sus hijas aguantan, todo para cuidar de su gente, eso es para quitarse el sombrero.

Añadió, ya más serena:

- Tiene mucho mérito y da lo mismo que sea musulmana o cualquier otra cosa. Pero la verdad es que la mujer, acompaña a dona Julia todas las tardes a misa. Allí se está ella muy atenta, se sienta, se pone de pie y se arrodilla como lo hace su señora. La acompaña a comulgar, sujetándola bien. Es verdad que ella no comulga, ni tampoco creo que se confiese, aunque eso puede ser porque la mujer no sepa decir sus pecados en nuestra lengua. Bueno, el caso es que la trata como a una madre y si le da alcohol es porque sin duda veía que con eso la señora dormía mejor que con las pastillas y si ella le da algún trago al asunto, para dormir también o para calentarse el cuerpo, pues qué malo hay. Con el frío que ha hecho este invierno, a mí no me extraña. Más de una noche nos hemos hecho un ponche con coñac mi cuñada y yo, porque estábamos arrecidas de frío, con la calefacción y todo dada. Así que hay cosas que son normales. A lo mejor tampoco la mujer sabe que eso no lo puede tomar. Acordaos de aquella Luisita que estuvo un tiempo sirviendo en mi casa. Lo que me costó que entendiera que los viernes de Cuaresma había que poner pescado y que no se podía comer carne. Cómo nos reíamos porque decía que el pescado también tiene carne. De manera que esta mujer, que ya digo tiene mucho mérito, igual no sabe mucho de su religión.

La Conchi estuvo a punto de decir algo, pero cuando empezó a tomar aire para lo que quiera que fuera que iba a decir, todos los rostros se volvieron amenazantes hacia ella y el aliento que había tomado se le fue en un suspiro.

Vista la situación, volvieron a recordar a los emigrantes que se iban a Francia y a Suiza a trabajar. Se rieron con ganas con la forma de hablar que habían aprendido allá que era una mezcla de español y francés o alemán, de manera que ya no hablaban su lengua, sino que hablaban una jerga que necesitaba traductor. También se acordaban de cómo algunos, que habían medrado, volvían vistiendo las ropas más extrañas y más impropias para las ocasiones, con lo que pretendían demostrar que estaban ‘a la moda de París’, aunque trabajaran en un pueblecito al lado de Grenoble. También se rieron de la afición por hacer a todas horas mayonesa con una batidora, cuando el orgullo de

Villamediana era hacer una mayonesa con o sin ajo, pero a mano y en el mortero. Esto lo hacían para demostrar que eran modernas y usaban tecnología punta.

Cuando las anécdotas empezaban a agotarse y las risas iban ya de baja, doña Gertrudis se acordó del orden del día y les dijo:

-Hijas, con esto del periódico nos hemos ido de la cuestión y hay siete puntos en el orden del día que tenemos que resolver esta tarde. Luego de dicho esto, como si tal cosa y sin cambiar de tono dijo: - Yo creo que Conchi tendría que marcharse ahora, porque esto es sólo para las socias.

Conchi enrojeció y miró a su prima como buscando apoyo para quedarse, pero Lourdes le dijo con su voz suave de siempre: Sí, Conchi ya se va, si sólo había venido para saludarlas.

Unos meses después de este episodio, una tarde llegó Trini toda sofocada a la sede de la AAC. Sin decir ni buenas, ni tardes, dijo:

- ¿A que no saben ustedes qué ha pasado?

- Pues no, hija. Pero grave debe ser para que hayas perdido el resuello y la educación.

- ¡Ay! Usted perdone, doña Edelmira, -dijo Trini, dirigiéndose a la mayor de las señoritas de Ruiz que era la que acababa de llamarle la atención por su forma de irrumpir- pero es que la cosa tiene bemoles.

- Y ¿pues?- preguntó doña Gertrudis que en su fuero interno lamentaba no haber estado lo suficientemente ágil para ser ella, que era quien más autoridad tenía en la AAC, la que hubiera afeado la conducta a Trini. Esta dijo:

- Han abierto un restaurante chino en el Centro Comercial.

- ¿Y?

-Pues que los chinos esos, ya llevan aquí más de un mes, han arreglado el local con dragones y no sé qué más, pero es que no es sólo eso. Hoy me han dicho que son al menos cuatro familias, con un montón de chiquillos de todas las edades y los han llevado a la escuela para que los inscriban. ¡Y los han apuntado! ¿Qué les parece?

Doña Etelvina, sin esperar el permiso de su hermana, se atrevió a decir, eso sí, con un hilo de voz:

-Hija, eso es lo normal, que los chiquillos vayan a la escuela. No sé que quieres decir.

- Pues, lo primero, que no hace falta leer el diario para darse cuenta que lo de los inmigrantes es un problema –esto lo dijo mirando desafiante ya a doña Gertrudis, ya a su cuñada Adela, que acababa de entrar, sin perder la ocasión de demostrar que ella tenía sus propias fuentes de información-. Lo segundo, que se van a meter en todas partes. Que se pasan el día en el Ambulatorio, ahora nos van a llenar la escuela, luego se quedarán con las casas, porque desde que llegó la señora esa de donde quiera que sea que cuida a doña Julia, de su pueblo han venido unos diez. Lo mismo pasa con los parientes del chiquito moro que trabaja en el cuartel. De su pueblo han venido su tía, sus primos, su abuela y su madre, otros tres hermanos y una hermana casada con un par de chiquillos. Si esto sigue así, ya verán ustedes que el pueblo va a terminar siendo suyo. Los paquistaníes han puesto una carnicería y una frutería. Me han dicho, aunque yo no los he visto aún porque a la plaza voy poco, que no me pilla de camino, que por las tardes se juntan allí un montón de hombres y mujeres, más bien negritos, que por lo visto son de Santo Domingo y de Ecuador, que hablan a gritos y comen unas cosas muy raras. Eso me lo ha dicho la que tiene el puesto de pescado en el Mercado, que dice que se comen las gambas crudas con limón y no sé que más. Entre todos, las casitas viejas que hay al pie del castillo, muchas que ya no se usaban, porque los dueños se han ido al ensanche de la calle Mayor o a Madrid, están llenas con esta gente y los pocos de Villamediana que siguen allí están fritos de los ruidos y de los olores y deseando marcharse. Así, que lo que yo digo, que al final se van a quedar con todo el pueblo y por si faltaba algo, encima los chinos, que a mí me han dicho que comen perro.

Adela, un poco harta ya de escuchar el discurso de su cuñada, la interrumpió:

- También tú comes caracoles con salsa y te parece normal. Además los chinos crían una raza especial de perro, en granjas, como nosotros los pollos, y esos son los que se comen, no cualquier chucho que pillan por ahí. La gente tiene derecho a ir a donde quiera. ¿No te vas tú de viaje a donde te apetece? ¿Por qué no van a venir aquí? En el timbre de voz se notaba que estaba un poco exasperada y que su cuñada la sacaba de quicio.

- Pero, yo no me quedo allí... Ni les quito sus casas a aquella gente...

Doña Gertrudis, un poco harta de este debate que se reemprendía sin que llevara más que a discusiones, la interrumpió:

- Mira Trini, ya hemos hablado de este asunto. La gente tiene derecho a ir a donde pueda ganarse la vida y si prospera, lo más normal es que quiera volverse a su tierra, porque como les pasaba a los que se iban a Suiza, estaban allí aburridos de tanto frío y tanta nieve, de cómo los trataban, sólo porque eran pobres y tenían que ganarse la vida lejos de su tierra. ¿Qué quieres hacer tú, lo mismo que le hicieron a nuestra gente? Tú sabes bien que los que se fueron de aquí, en cuanto mejoraron se volvieron para acá, se compraron sus casas, pusieron sus negocios o viven de las pensiones que se ganaron allá. Así que estos, si les va bien, harán lo mismo. Porque como en la casa de uno, en ninguna parte. Pero, mientras están aquí, trabajan para nosotros. ¿Quién quería cuidar de Doña Julia? Nadie. ¿Quién quiere estar de chico para todo si no es el morito que está en el cuartel y tú bien que le mandas, cuando te da la gana, que te arregle una persiana o un grifo y le pagas una miseria o ni siquiera, como si le estuvieras haciendo un favor, que yo también tengo 'mis fuentes de información' que no son sólo el Diario –esto lo dijo con bastante retintín y sonrojó a Trini-. Así que no me tires de la lengua y no me obligues a decir cosas que no quiero. Si nosotros tuviéramos que irnos ahora a otro país, Dios no lo quiera, para buscarnos la vida, nos gustaría que nos trataran como a personas.

- Pero,... -comenzó a decir Trini, pero las demás la interrumpieron cada una con sus argumentos; que si Doña Gertrudis tiene razón, pues claro hay que tener caridad, lo que yo digo, que todos somos iguales y que si esto y lo otro, de manera que Trini, que venía triunfante con la primicia, se marchó de la AAC con la cabeza como una madeja y más bien con una frustrante sensación de derrota, mezclada con el sentimiento de que sus amigas no la entendían. Por el camino, se consoló diciéndose: Ya verán cuando los chinos las echen de su casa...